

## **“DESAPARECE UN INDIGENTE” (1)**

Cuando un menestero se ausenta no pasa nada. Nada de nada. Carecen de señas domiciliarias, de número de teléfono. No disponen de email, fax o similares. No tienen parientes localizables. Tampoco puede denunciarse el caso a la Policía porque, por no conocer, ni siquiera sabemos su apellido. Sólo el nombre propio y la ocupación que, en cuanto enunciada, desalienta y confunde a la autoridad encargada de su búsqueda.

Yo había conocido a Germán hace unos diez años. Al tiempo de trasladarnos a nuestro actual domicilio. Era el único pobre que hacía guardia en la puerta de nuestra parroquia. El tratamiento fue gestándose como consecuencia del contacto parroquiano-mendigo. La relación fue estrechándose cuando entré en Maranatha. Allí, como en las consultas médicas, todos te llaman y les llamas por su nombre propio. El apellido sólo se usa en las comunicaciones escritas. Los médicos para pasarte sus honorarios. Los hermanos de la Renovación para transmitirte por correo electrónico sus inspiraciones místicas. Estas reglas de las comunidades que cuidan tu cuerpo y las que comparten contigo el deseo de vida en el Espíritu, carecen de excepciones. Dentro de ellas desaparece para siempre el antipático y jerarquizante Don Fernando y el más igualitario pero todavía sin visos evangélicos de Señor Escardó. La norma se aplica incluso a frailes y sacerdotes, sin que ello merme un ápice el amor y respeto que les es debido.

Otro tanto hice cuando poco después de considerarme miembro de la Renovación Carismática comencé a dialogar con necesitados. Germán, como habitual de mi parroquia, fue el primero a quien comencé a llamar por su nombre pidiéndole que él hiciese lo mismo conmigo.

Nuestras conversaciones se hicieron más largas y frecuentes cuando Germán fue perturbado por la policía gubernativa con motivo de una denuncia basada en un equívoco y que más tarde sería desestimada. No sé cómo supo mi condición de jurista pidiéndome ayuda al ser llamado a declarar ante el juez competente. Técnicamente se trataba de un caso sencillo que Germán estuvo a punto de complicar al resistirse a la comparecencia porque “él no había hecho nada”. Me costó mucho convencerle y aún más que lo hiciese todos los días 1 y 15 de cada mes hasta que, convencido el juez, acabó sobreseyendo. Nuestro hombre no podía concebir que yo dudase de su palabra. Y la verdad es que nunca dudé pero el juez sí.

Mas este angustioso asunto concluyó, dejando como secuela una conversación diaria con Germán a primera hora de la mañana. Nuestro amigo aprovechaba el tiempo para pedirme aclaraciones a alguna noticia alarmante de prensa o facilitarme recortes de algo que, a su juicio, pudiera interesarme.

Así llegué a saber de su noches en un albergue próximo al Pozo del Tío Raimundo cuando el frío arreciaba; sus excursiones otoñales por los pueblos del norte de La Mancha donde le obsequiaban con asombrosos bocadillos; sus

desplazamientos a León y su comarca durante la Semana Santa que aprovechaba para visitar a la familia que le aburría soberanamente... Todo esto y otras muchas cosas fui sabiendo a través de nuestras interlocuciones casi diarias de menos de cinco minutos.

Sin duda lo que más le atraía de todo eran sus noches al raso en un zaguán de una compañía de seguros muy próximo a la parroquia. Allí se reunía con otro prototipo humano pequeño y contrahecho que solía aparecer antes de la caída de la tarde tirando de un original carricoche donde rebosaban sus pertenencias. En sus largos recorridos diurnos en busca de un buen lugar de recaudación jamás se separaba del carrito portaequipajes. Mi amigo, en cambio, transportaba todo lo que tenía en una especie de bolsa o mochila de tela que le acompañaba a todas partes. Nunca tuvo preocupación por la ropa. Lo que llevaba era siempre bueno, cómodo, usado, aunque no viejo. Se abastecía en los basureros de los barrios acomodados donde el afán de cambio de sus primeros usuarios, servía de habitual lugar de aprovisionamiento de los pordioseros avisados.

Germán en cuanto amanecía partía a sus quehaceres en solitario. Las diferencias con un competidor a quien permitió compartir la plaza de la parroquia provocaron su abandono del lugar lo que no fue obstáculo para seguirme viendo a diario. Concedor de mis movimientos, antes de mi primera salida de casa ya estaba esperándome en el portal.

La presión de mis ocupaciones nunca permitió una charleta duradera. Nuestro hombre, siempre correcto conmigo, la aprovechaba para anunciarme sus próximos desplazamientos y su respectiva duración. Nunca falló en sus previsiones.

A mediados de la última primavera regresó de León con rostro preocupado. Me preguntó por su colega y compañero de las noches en el zaguán. Le dije que llevaba varios días sin verlo. Me respondió que, según sus noticias, le habían dado una gran paliza y robado sus pertenencias. No he podido confirmarlo. Cierto es que desde que entonces no he vuelto a ver a Germán. Ha desaparecido. Quiera el Señor que se trate de una simple puesta de pies en polvorosa asustado por la suerte de su amigo en cuyo caso pronto volveré a saber de él. Rezo para que así sea.

Gloria del Señor.

Madrid, 4 de agosto de 2011

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.